

que el punto al que arribe la transición en curso. Contra la solución fascista a la crisis, o contra el fascismo como meta de la transición, trabajan simultáneamente el reformismo y el socialismo. En el corto plazo, las condiciones permiten esperar en Cancún —*si nos va bien*— el triunfo del reformismo. (A más largo plazo —se ha dicho— todos estaremos muertos.) No quiero decir con esto que la clara posición en contra del reformismo, apreciable en la declaración común de la conferencia multidisciplinaria reseñada en este artículo, sea una posición idealista porque no haya tomado en cuenta las duras realidades de la coyuntura. Por lo contrario: sin la presión ejercida por las organi-

zaciones e instituciones democráticas como las organizadoras de esta conferencia, y sin la presión de todos los que luchan sin tregua por el socialismo en todo el mundo, no podría triunfar el reformismo sobre el capitalismo salvaje y fascista, encarnado hoy por los Estados Unidos imperialistas.

Y no me cansaré de repetirlo: aunque el reformismo no constituye paso obligado hacia el socialismo ni necesariamente tiene que derivar tarde o temprano en socialismo, el reformismo, cuando las circunstancias lo imponen, puede crear condiciones más favorables para la transformación socialista.

*Artículo publicado en
el periódico El Universal,
el 9 de octubre de 1979.*

PRESIONES ELECTORALES EN EE.UU. LA AMENAZA DEL FASCISMO

“En México empezó la campaña electoral de Estados Unidos”, dijo el presidente López Portillo. Y si se analizan los intereses económicos que mueven las fuerzas políticas contendientes allá, se observará cómo se calcan los mismos aquí en nuestro país; porque México también empezó ya su propia campaña electoral desde que se planteó la necesidad de determinar el destino que se daría a los excedentes económicos generados por el petróleo. Es decir, la necesidad de determinar quiénes se comerían el pastel petrolero.

Seguir reduciendo las campañas políticas norteamericanas a la puja habitual entre los partidos Demócrata y Republicano, se antoja anacrónico. Se atina en cambio si se ubica a los precandidatos —formalmente propuestos dentro de uno u otro partido— en el marco de las corrientes económicas cuya pugna está movilizando y conduciendo a la nación norteamericana hacia el gran cambio, en escala universal, del capitalismo. Porque en Estados Unidos, como en Francia, como en México, como en todo el mundo capitalista —aunque guardando características propias y circunstancias distintas de cada país— el fenómeno en el fondo es el mismo: las gigantescas corporaciones trasnacionales están desnacionalizando las economías que se desarrollaron históricamente dentro de los límites, si no necesaria y exclusivamente geográficos, si en el ámbito de los intereses globales de los Estados tradicionalmente nacionales.

Esta necesidad ineludible de mayor crecimiento y expansión —esencia misma del capital— ha provocado el desarrollo económico que, íntimamente relacionado

con el desarrollo político de la formación social en que actuamos, y con el concomitante desarrollo cultural, conforman la estructura y las superestructuras de esta etapa capitalista y perecedera del interminable proceso histórico.

Contemplando el acontecer del mundo desde esta amplísima perspectiva se llega a la conclusión de que, teóricamente, la trasnacionalización económica es un paso lógico y progresivo, dentro del sistema capitalista, que abre horizontes prometedores al quehacer político y a la actividad cultural porque los proyecta con gran fuerza más allá de los límites de un nacionalismo ya estrecho y asfixiante.

Difícil como será para mucha gente aceptar un razonamiento semejante —porque las estructuras envejecidas más duras de romper son las mentales— no lo será tanto como abrirse a la idea de que la ruptura de las fronteras del nacionalismo burgués nos acercará cuantitativamente al socialismo. El cambio cualitativo, es decir, el socialismo, se lograría como siempre, ya fuera por la vía pacífica —de lucha de masas— o por la vía de las armas, según las condiciones de cada situación concreta; pero en todo caso las luchas revolucionarias se darán —se están dando ya— en niveles políticos e ideológicos superiores, sin que esto signifique que serán más fáciles o asequibles.

Por supuesto todo lo anteriormente dicho es pura teoría, aunque no por eso menos cierto: se refiere a las tendencias más destacadas que acusa hoy día el proceso histórico. Pero ¿qué ocurre en la práctica, en la realidad de todos nuestros días? Que la acción demolidora de las “progresistas” corporaciones trasnacionales está corroyendo los cimientos mismos de los Estados nacionales, incluyendo los más poderosos como el norteamericano o el alemán occidental, provocando así la debilidad y el deterioro de casi todas las instituciones que regulan nuestra vida civilizada; están

llevando a la ruina en cada país a miles de empresas, fábricas, talleres y comercios medianos y en pequeño (y a muchos grandes también, como le está ocurriendo a la Chrysler, la cual por cierto se defiende como leona), ocasionando de esta manera desempleo masivo en todo el mundo (el carácter "progresista" de las trasnacionales se lo imprime, principalmente, la utilización de tecnologías muy avanzadas), con la secuela de sufrimiento, hambre y degradación de millones de seres humanos; están desorganizando el orden económico mundial establecido y la tradicional división internacional del trabajo, lanzando con ello a la miseria y al estancamiento a las naciones más pobres, y empobreciendo a otras.

Las proporciones de la magna transformación en curso hoy (las medidas de la catástrofe social que sufre el mundo entero) sólo admiten comparación, aunque pálida aquélla en relación a ésta, con la que finiquitó el régimen feudal y dió nacimiento al capitalismo. La visión de una Europa entonces azotada por la miseria y el caos, recorridos constantemente sus campos y caminos por "hordas de bandidos"; infestadas sus ciudades por innumerables mendigos y pordioseros que robaban cosechas y saqueaban a viajeros y comerciantes, es visión que debemos a historiadores, novelistas y cineastas. Tal visión constituye la representación gráfica del gran fenómeno transformador que arruinó al campesino "siervo de la gleba" arrebatándole su tierra, y al artesano cerrándole su taller, para convertirlos paulatinamente en "obreros" desposeídos que sólo tenían su fuerza de trabajo para vender y subsistir.

No vamos a discutir aquí si el precio en sufrimientos humanos fue compensado o no por el gigantesco avance tecnológico, científico y cultural —en relación con el mundo feudal— alcanzado por el sistema capitalista de producción. Y no lo discutiremos por ser ejercicio ocioso: los procesos históricos son indetenibles. Sin embargo, ahora somos más conscientes de la posibilidad de volver menos dolorosos y cruentos tales procesos, mediante el control de sus instrumentos. Por ejemplo, una tercera y pavorosa guerra mundial puede evitarse, a pesar de estar prevista como necesaria dentro de la lógica de la expansión y del desarrollo del sistema de producción capitalista. Y se puede luchar con algún éxito contra la crisis, aunque saliéndose en parte de los marcos capitalistas y avanzando hacia la transformación socialista.

¿Quiere decir entonces que luchar contra la hegemonía y el poderío de las gigantescas corporaciones trasnacionales significa luchar contra las corrientes renovadoras de la historia, contra el "progreso" y el desarrollo? ¿Que debemos cruzarnos de brazos y permanecer como espectadores atentos, juzgando inevitables los sufrimientos humanos multiplicados por las crisis

de crecimiento y de transformación del capitalismo? ¿Que no debemos identificarnos con las batallas "nacionalistas" de quienes —sabemos por el análisis teórico— son representantes de las corrientes atrasadas y retardatarias del capitalismo global?

En un artículo anterior me referí a la comprensible vocación fascista que muestran los dueños y dirigentes de los capitales más fuertes durante las grandes crisis económicas, ya que necesitan remover el más serio obstáculo para solucionar las crisis en su propio provecho; soluciones que conforman la base económica del fascismo. Dicho obstáculo lo constituyen las organizaciones obreras auténticas, los partidos de izquierda y sus respectivos voceros. Por lo tanto, les es necesario aplastar a las primeras y debilitar y callar a los segundos, *a como haya lugar*: esto determina el aspecto político del fascismo. Todo lo demás es su fanfarria "cultural"

Pues bien: es ésta precisamente la situación del mundo en este momento, ya que están dadas todas —y en todas partes— las condiciones objetivas requeridas por el fascismo para adueñarse del poder y desarrollarse. No caben dudas de que la amenaza del fascismo es más seria y más cierta que nunca; tanto, que se han movilizad las más poderosas fuerzas democráticas para conjurar el peligro. En este contexto debe inscribirse la visita del Papa a Estados Unidos y su claro e inequívoco discurso, certero en la apreciación de las causas y los efectos de las desigualdades sociales y sus consecuencias; generoso y preciso en sus recomendaciones. También en este contexto debe inscribirse la sensacional reunión en Moscú de los representantes de la Internacional Socialista, encabezados por el presidente finlandés Sorsa, con Brezhnev y otras autoridades comunistas soviéticas, para compartir, superando el proverbial antagonismo que los separaba, estrategias y actividades comunes en salvaguarda de la paz. Finalmente están las resoluciones de la reciente reunión de los países no alineados, cuyo consenso fue posiblemente logrado, a pesar de sus diferencias conocidas, por el peligro de la carrera armamentista y de una guerra mundial que pareciera inminente.

Se van aclarando, pues, las tendencias fundamentales del conflicto político-económico en Estados Unidos, más visibles ahora por las presiones electorales. Y las elecciones norteamericanas, no olvidemos, desde hace algún tiempo toman por escenario el mundo entero e involucran a todas las naciones, estén dentro o fuera de su virtual dominio. Son determinantes, cada vez más acusadamente, de la estabilidad política de muchos regímenes extranjeros y del resultado de otros tantos procesos electorales en otros países, los cuales alinean sus fuerzas contendientes con sus equivalentes en Estados Unidos, corazón y fortaleza del capitalismo mundial.